



walter m. miller, jr.
**CONDICIONALMENTE
HUMANO**

NEBULAE

edhasa / ciencia ficción

A principios de la década de los cincuenta, cuando en el panorama de la ciencia ficción dominaba aún la escuela tecnológica —Clarke, Asimov, J.W. Campbell— comenzó a afianzarse lo que sería con el tiempo una verdadera revolución en el género: el nuevo «humanismo» (Bradbury, Sturgeon, Simak). La figura más solitaria y reveladora de entonces fue quizá Walter M. Miller, que con sólo tres obras se convirtió en uno de los maestros indiscutibles de la nueva generación. Miller introdujo problemas y situaciones tradicionales de tipo histórico en el contexto de una elocuente visión del futuro, a veces irónica, a veces satírica, apoyada en un notable sentido de la caracterización y una cuidada invención de situaciones y escenarios. El presente volumen reúne tres extraordinarias novelas cortas: una lúcida indagación de la naturaleza del hombre como mascota («Condicionalmente humano»), los límites de la soberbia humana («El darfsteller»), los prejuicios culturales y raciales («Bendición oscura»).

Índice de contenido

Cubierta

Condicionalmente humano

CONDICIONALMENTE HUMANO

EL DARFSTELLER

BENDICION OSCURA

Sobre el autor

CONDICIONALMENTE HUMANO

Sabía que era inútil quedarse después del desayuno, pero no podía irse dejándola así. Se puso la chaqueta en la cocina, se demoró en el vano de la puerta, retorció el sombrero entre las manos. Su esposa seguía sentada a la mesa, acariciaba el asa de una taza vacía, miraba fijamente por las ventanas el cobertizo del fondo, ignoraba tercamente sus toses y carraspeos. Él le observó un momento la cara enfurruñada, luego se aclaró la garganta.

—¿Anne?

—¿Qué?

—No puedo verte así.

—Entonces lárgate.

—¿No puedo hacer nada...?

—Ya te lo he dicho.

La voz era monocorde y dolorida. Él no podía soportar el dolor ni calmarlo. Con pasos vacilantes, se le acercó por detrás, esperando que ella alzara los ojos y se ablandara, tal vez incluso que lagrimeara un poco. Pero ella insistía en mirar por la ventana en un silencio acusatorio. De pronto él rió y le tocó el hombro cubierto de seda. El hombro se apartó bruscamente. Ella tiritó agitando el cabello oscuro, y de golpe se cubrió los senos con los brazos como si tuviera frío. Él retiró la mano; la cara enorme y suplicante se le aflojó. Tragó saliva, consternado.

—Se acabó la luna de miel, ¿verdad?

—¡Ja!

Él retrocedió un paso, se detuvo.

—Vamos, nena, lo sabías antes de casarte conmigo —le recordó.

—No lo sabía.

—Sabías que era inspector de distrito de la Oficina Federal de Animales. Sabías que estaba a cargo de un corral.

—¡No sabía que los *matabas*! —protestó ella, volviéndose.

—No tengo que matar muchos —aventuró él.

—Eso es como decir que no los matas bien muertos.

—Vamos, querida, son sólo animales.

—¡Animales *inteligentes*!

—Inteligentes como un imbécil humano, quizá.

—Un bebé es un imbécil. ¿Matarías un bebé? ¡Claro que sí! ¡Lo haces! Eso son ellos: bebés. Te odio.

Él titubeó, buscó desesperadamente otro argumento.

—Mira, Inteligencia es una palabra sólo aplicable a los humanos. Es el nombre de una función humana, y...

—¡Y eso los hace humanos a *ellos*! —completó ella—. ¡Asesino!

—¡Chiquilina!

—¡Ellos son chiquilines, no yo! ¡Bebés!

Él carraspeó con desolación, retrocedió unos pasos hacia la puerta, renunció a la sensata decisión de no hablar más.

—¡Vamos, Anne! Piensa en los aspectos favorables del trabajo. Claro que todo tiene su lado ingrato. Pero piensa: tenemos esta casa gratis; tengo mi distrito propio sin un jefe local que nos esté rondando; arreglo el horario a mi gusto; conozco mucha gente que visita el corral. ¡Es un buen trabajo, amor!

La cara de ella era de nuevo una máscara. Sorbía el café y parecía escucharlo. Él prosiguió, esperanzado.

—¿Y qué puedo hacer para remediarlo? No puedo evitar mi puntaje de Aptitud Laboral. Dicen que pertenezco a Bio-Autoridad, y eso es lo que me corresponde. Oh, claro que no *tengo* que trabajar donde me manden ellos. Siem-

pre puedes enrolarte en Trabajos Generales, pero eso es todo lo que permite la ley, y los de TG no tienen familia. Así que voy adonde se me necesita según mi Aptitud Laboral.

—¿Tienes aptitudes para matar niños?

Él gruñó y cerró los ojos.

—Me dieron el puesto porque me gustan los niños. Y porque tengo un título de biólogo, y cierto don, quizá, para tratar con gente simple. Y porque en verdad no soy tan sedudo para ser un científico. Sólo un técnico, ¿entiendes? Y destruir los animales no reclamados es sólo una de mis tareas. Amor, antes del evoltrón, antes que nadie tuviera noticias de Anthropos S.A., había funcionarios municipales que se encargaban de eso. Perreros, creo que los llamaban. Entonces no tenían la serie Perro-R, desde luego... No eran mutantes. Pero eso es todo. Soy un perrero de esta época.

Los ojos verde hielo se volvieron lentamente. A la luz de la ventana la cara de Anne parecía delicadamente tallada en mármol polvoriento. Torció la boca en una mueca de desprecio. Luego se volvió de nuevo hacia la ventana y siguió mirando el cobertizo. Él retrocedió hasta la puerta, tironeó nerviosamente de una astilla y la estudió un momento, esperanzado.

—Debo irme. Hay que trabajar.

—¿Necesitas un beso? —dulcemente desdeñosa.

—Te veo esta noche —dijo él, arrancando la astilla.

La puerta del frente se cerró. Anne escuchó los pasos que atravesaban el porche y la calzada. Luego el arranque del camión gruñó y las turbinas despertaron con un gemido. Ahogó un sollozo y corrió tras él, pero cuando llegó al porche el camión ya había salido a la calle. De pronto aceleró con furia, lanzado hacia la autopista del este. Anne parpadeó al sol rojo de la mañana, los hombros caídos. El mundo no iba bien.

Una campanilla sonó en alguna parte. Y volvió a sonar. Ella se sobresaltó ligeramente, se recobró y fue a atender el

teléfono. Una voz cuidadosamente modulada de sonido impostado y profesional preguntó por el inspector Norris. Desconsolada, Anne le dijo que se había ido.

—¿Cómo? Oh, se fue a trabajar, dice usted. Por un momento creí que... Je, je. ¿Habla la señora Norris? —la voz era enfática, pastosa. Ella afirmó con un murmullo—. Ah, sí. Norris me contó —continuó la voz—. Habla el doctor Georges, querida. Tengo que hablar de un asunto urgente con su esposo, pero quizá pueda hablarlo con usted...

—Tal vez pueda comunicarse con él. El camión tiene teléfono —de qué asuntos urgentes hablarán los doctores con los perreros, se preguntó.

—Temo que no, querida. El inspector no conecta el teléfono hasta las horas de oficina. Le conozco bien...

—¿No puede esperar?

—En verdad es una emergencia, señora Norris. Necesito un animal de corral... Un chimpancé K-48-3, preferiblemente de cinco años.

—No sé nada de los corrales —dijo ella con cierta rigidez—. Tendrá que hablarlo con él.

—Escuche, señora Norris, es una emergencia y necesito...

—¿Por qué no hace lo que habría hecho si yo no hubiera atendido el teléfono? —dijo Anne, y colgó.

Empezó a sonar de nuevo. Anne miró el aparato con un asomo de culpa. ¿Emergencia? ¿Para qué clase de emergencia se necesitaba un chimpancé K-48? *Carniceros*, murmuró vagamente, y dejó sonar el teléfono. No quería estar involucrada en ese trabajo, de ninguna manera. Antes lo abandonaré, se dijo.

El camión avanzaba lentamente a lo largo de la calle suburbana que serpeaba entre los grupos de chalets plásticos color pastel, aproximadamente dos por acre en el terreno arbolado. Con una población de medio billón fijada por la

ley, el continente era un suburbio que se extendía, tachonado de centros comunitarios, entre los densos cinturones y conglomerados de plantas industriales. No había campo abierto, no lo había desde la época de sus abuelos. Esta zona era relativamente descampada; le gustaba, pero todavía no había un sitio donde estar solo.

Se aproximaba a una intersección. Un animal pequeño estaba sentado en el cordón, envuelto en su cola movediza. La coronilla de la desproporcionada cabeza era calva, pero el cuerpo estaba cubierto por una pelambre azul grisácea. La lengua rosa lamía con delicadeza las patas delanteras provistas de pulgares prensiles. El animal ojeó el camión con morosidad mientras Norris frenaba sonriéndole desde la cabina.

—Hola, gatito. ¿Cómo te llamas?

El Gato Q-5 lo miró un instante con indiferencia.

—Miyi Rorry —gimió al fin.

—Michi Rorry. Bonito nombre. ¿Dónde vives, Rorry?

El Gato Q-5 lo ignoró.

—¿Quién es tu madre, Rorry? Dímelo.

Rorry le miró con fastidio. Norris echó una ojeada en torno. No había casas cerca de la intersección, y temía que el animal se hubiera extraviado. El animal parpadeó de fatiga y aburrimiento, y siguió lamiéndose la pata. Norris repitió la pregunta.

—Mamá miyi, miyi mamá —le informaron al fin.

—Correcto, mamá es michi. ¿Pero dónde está mamá? ¿Se habrá escapado?

El Gato Q-5 se sobresaltó. Tiritó de manera espasmódica. La pelambre se le erizó. Miró calle arriba y calle abajo, y de pronto echó a correr con precipitación por la acera. Norris lo siguió dos calles con el camión, hasta que el animal subió a un porche y se puso a gemir ante el cancel.

—¡Mamá no escapar! ¡Mamá no escapar!

Norris rió y siguió su viaje. Una pareja que no satisfacía los requerimientos genéticos para tener niños legalmente

podía apegarse mucho a un Gato Q-5, pero los gatos eran más seguros, emocionalmente hablando, que los modelos cuasihumanos como el Chimpancé-K, o neutroides. La muerte de un neutroide podía afectar a ciertas familias tanto como la muerte de un hijo; casi todos los matrimonios al menos lograban soportar la pérdida de un Gato-Q o un Perro-P sin luto formal ni ritos cuasirreligiosos. A una pareja de genéticos-C se le permitía tener un neutroide, o dos modelos no antrópicos cuyas necesidades diarias de alimento no excedieran las ochocientas calorías. Muchos psicólogos parecían considerar dinamita a los neutroides, y recomendaban mascotas con un potencial más bajo de exigencias afectivas.

¿Y Anne? La vaga sonrisa se borró de la cara de Norris. Su tarjeta tenía el sello *genético-C*. Habían acordado un matrimonio sin hijos. Anne amaba a los niños. Pero él había accedido. Había pensado en los animales del corral: cómo ella podría ayudarlos, dirigir hacia ellos sus sentimientos. *PERRITO O'REILLYs* maternas, desviar su necesidad básica... Pero ahora, la hostilidad.

¿Y si llegaba a querer una pseudofiesta, un neutroide para ella?

En la correspondencia de ayer les había llegado una invitación para una pseudofiesta. Buscó la tarjeta arrugada en el bolsillo:

...cordialmente invitados
para asistir al pseudoparto
y posteriormente al cóctel
donde celebraremos la llegada de

CAPULLO DE MIEL

grato acontecimiento que tendrá lugar
el día seis de semana doce de 2063 a las
19:30 hs en Sala de Recepción,

Clínica Acunando las Horas

Sírvase responder Sr. John Hanley Slade y Sra.

La invitación había llegado tarde, la fiesta era esa noche. Había pensado en llamar hoy a Slade para decirle que tal vez Anne y él asistieran al cóctel pero no llegarían a tiempo para el parto. Pero ahora que ella se había tomado tan a pecho los aspectos menos agradables de su trabajo, quizá lo mejor sería mantenerla apartada de celebraciones sentimentales relacionadas con neutroides.

La tarjeta le recordó que debía parar en el Centro Comunitario Sherman II por el correo. Dobló en la calle comercial paralela a la gran autopista y avanzó por varias manzanas de edificios comerciales que servían a los suburbios circundantes. En la rampa de descenso dio un billete de medio dólar al asistente y despachó el camión para que lo estacionaran bajo la calle, luego se dirigió a la oficina de mensajes. Cuando insertó el disco codificado en la ranura, la salida bajo el número de caja *emitió* una tira de papel con un parloteo. La estudió con lentitud de una punta a la otra: una nota de tía Maye, una factura de Productos Lacteosint, una carta de la madre de Anne. Lo único importante era un memorándum del jefe. Un pequeño embrollo, pero era de esperar:

Atención todos los inspectores del distrito:

Referente neutroide anómalo. Se iniciará inmediatamente rastreo sistemático y total de todos los animales con números de serie pertenecientes a serie Bermuda-K-99 con fechas de nacimiento entre semanas veintiséis y treinta y dos del año 2062, relacionadas con Caso Negligencia Delmont. Capturar animales de esta categoría, encerrar, realizar tests de normalidad aplicables. Observar síntomas de anomalías endocrinas y patrones de reacción no-estándar. Delmont confesó que había pasado por alto un solo modelo no estándar, pero se sospecha que hay más. Alega no recordar número de serie del anómalo. Posible ardid para detener la investigación después del hallazgo del primer animal, si hay más de uno.

Si se le permite llegar a la edad fija o la adultez él anómalo podría ser peligroso para el propietario u otros. Retener todos los K-99 capturados que revelen la menor desviación de normas estándar. Entregar en Laboratorio Central. Devolver unidades estándar a los propietarios. Plazo siete días.

C. Franklin

—Siete días —masculló. Se guardó la cinta en el bolsillo y salió en busca del camión.

El distrito abarcaba trescientos kilómetros cuadrados. Con un promedio de reemplazos de setenta y cinco neutroides por semana, el distrito tal vez habría recibido cuarenta K-99 de la partida de la planta Bermuda durante el período de seis semanas del año anterior. ¿Podría capturarlos a todos en una semana? Parecía difícil. Y sólo quedaban once jaulas vacías en el corral. Las otras cuarenta y nueve estaban ocupadas por los ejemplares no reclamados del inspector anterior, esperando la destrucción. Aparentemente al crematorio del fondo le esperaba una semana agitada. Anne, Anne.

Se dirigía a la Ciudad Wylo cuando el radiófono zumbó en el tablero. Pasó al carril de baja velocidad y se apresuró a responder, esperando la voz de su esposa. En cambio, oyó un ronroneo cortés y profesional.

—¿Inspector Norris?

Norris torció la boca.

—Sí. ¿Georges?

—¿Está muy ocupado en este momento?

—¿Alguna fulana rica en apuros, doctor?

—¡Norris!

—Ocupado. Muy ocupado.

—Una de mis pacientes, una tal Sarah Glubbes, llamó hace un rato para decirme que su bebé estaba enfermo.

—¿Y?

—No tiene bebé. Me estoy volviendo distraído. Olvidé que era genética-C hasta que llegué aquí.

—Déjeme pensar. Resultó ser un neutroide.

—Exacto.

—¿Y por qué me llama a mí?

—Está muriendo. Virus del orden dieciocho. Naturalmente, no lo puedo hacer ingresar en un hospital.

—¿Nunca ha oído hablar de veterinarios?

—No me entiende... Ella insiste en que es el hijo, piensa que es suyo. ¿Cómo lo voy a mandar a un veterinario?

—Problema de usted. ¿Es una vieja paciente suya?

—Pues sí. Conozco a Sarah desde...

—¿Desde que la asistió en el pseudoparto?

—¿Cómo lo supo?

—Una mera deducción. Si usted la sometió al pseudoparto, tiene bien merecido el problema.

—Por lo visto, es usted abolicionista.

—Olvídelo. ¿Qué quería de mí?

—Un neutroide de reemplazo. Del corral.

—Tonterías. No podría engañarla. Reconocería a su animal aunque estuviera ciega.

—Tendré que correr el riesgo. Escuche, Norris, es patético. Ella sabe que la enfermedad es curable en humanos con hospitalización y un tratamiento costoso que no puedo conseguir para un neutroide. Además ningún veterinario podría suministrarle la droga. Escasea. Es patético.

—Estoy empapando el volante con mis lágrimas.

—Lo siento, Norris. Pensé que usted era humano.

—No al extremo de hacer favores casi ilegales que nadie agradecerá, a una dama rica y neurótica y a un médico que practica el pseudoparto.

—Una corrección. Sarah no es rica —objetó Georges—. Es una viuda de edad y no podría pagar el tratamiento aunque lo consiguiera. Gracias de todos modos, Norris.

—Un momento —refunfuñó Norris—. ¿De qué serie es el chimpancé?

—Un K-48, cinco años de edad, edad fija tres años.

Norris lo pensó un momento. Era un trato sucio, y no funcionaría.

—Creo que en el corral tengo uno con esas características —ofreció, dubitativo.

—Bien, bien. Le diré a Fred que vaya y...

—Espere un momento. Este se pondrá nervioso, no la reconocerá, y el número de serie será diferente.

—Lo sé, lo sé —suspiró Georges—. Pero creo que vale la pena intentarlo. En los humanos un ataque de V-18 puede provocar amnesia; eso serviría para explicar por qué no la reconoce. En cuanto al número de serie...

—No trate de cambiarlo —protestó Norris.

—Y si elimináramos...

—Ni se le ocurra. En un par de semanas me cercioraré de que no lo haya hecho. Eso es una canallada, Georges.

—De acuerdo, de acuerdo. Tendré que correr el riesgo de que ella no se dé cuenta. ¿Cuándo puedo recogerlo?

—Llame a mi esposa en quince minutos. Yo le hablaré antes.

—Ah, sí... La señora Norris. Eh, muy bien, gracias inspector —Georges se apresuró a colgar.

Norris encendió un cigarrillo, hizo de tripas corazón, llamó a Anne. La voz era opaca, un poco apagada, pero ya no estaba furiosa.

—De acuerdo, Terry —dijo, monótona—. Iré al corral, retiraré el de la jaula treinta y uno y se lo entregaré a Georges cuando venga.

—Gracias, nena.

—Y luego me iré a dar un baño —le oyó murmurar antes de que un chasquido cortara la comunicación.

Desconectó el automático, tomó el control del camión, pasó al carril de alta velocidad y aceleró con furia rumbo a Ciudad Wylo y las oficinas de distrito de Anthropos S.A. para empezar a rastrear los Bermuda K-99 según la orden del memo de Franklin. Tendría que revisar todos los archivos de ingreso de modelos de esas seis semanas y además el inventario actual, luego cotejar los números de serie Bermuda en una montaña de facturas de un período de treinta semanas, encontrar las tiendas y comercios minoristas que hubieran comprado los modelos dudosos, y por último investigar a los minoristas para llegar a los propietarios actuales de los modelos. Con la colaboración de los mayoristas y distribuidores, podría llegar al nivel minorista para la media tarde, pero lo más molesto sería quitar los modelos a los dueños. Por su parte, él ya se sentía bastante molesto. La riña con Anne, los pensamientos desagradables asociados con la pseudofiesta de Slade, el remordimiento de colaborar con el doctor Georges en una maniobra dudosa para apaciguar a una tal Sarah Glubbes, una pesada semana de trabajo por delante, más su cuota habitual de resentimiento reprimido por el jefe Franklin, todo lo ponía de un humor que podía incitarlo a la depresión o la malevolencia, según las circunstancias.

Si alguna mamá cariñosa le ponía trabas para la captura de su querida mascota él estaba con el ánimo justo para

conseguir una orden de arresto y delegarle el asunto al *sheriff*, concluyó.

Un neutroide jadeante yacía en la mesa bajo una luz brillante. El torso se estremecía y retorció con la contracción espasmódica de los músculos, pero las patas cortas ya estaban inertes y paralizadas, y el hombre rechoncho de chaqueta blanca pudo levantarlas sin dificultad de los tobillos para extraer el termómetro rectal. El neutroide resollaba y parloteaba quejumbroso cuando la enfermera le cubrió el cuerpo menudo con la sábana.

—Ciento nueve —gruñó el hombre rechoncho, la voz ahogada por la máscara de gasa. Clavó la mirada en los ojos de la enfermera. Cabeceó hacia la puerta—. ¿Ella está ahí todavía?

La enfermera asintió.

El doctor miró con distracción el tubo del termómetro, alzó de nuevo los ojos.

—Prepare una hipodérmica —dijo en voz baja—. Necrofina.

Ella se volvió hacia el esterilizador, se detuvo un instante.

—¿Tres centímetros cúbicos? —preguntó.

—Doce —corrigió él.

Ella sostuvo la mirada unos segundos, luego asintió y se volvió al esterilizador.

—¿Puedo irme primero? —preguntó inexpresivamente mientras llenaba la jeringa.

—Por cierto.

—¿Qué le digo a la señora Glubbes? —se acercó a la mesa y le alcanzó la hipodérmica.

—Nada. Salga por la puerta trasera. Dígale a Fred que vaya a los corrales y traiga el sustituto. Ya hablé con la señora Norris. Ah, y dígale a Fred que antes pase por aquí. Tendré algo para darle.